

Es el antidivo. Joseph Berke es un santón humilde que trabaja desperdigado, como una reliquia regenerada de aquel movimiento antipsiquiátrico de los años sesenta. Fueron Ronald Laing, David Cooper, Morton Schatzman, León Reddell, Aaron Esterton y él mismo, protagonistas de una vanguardia psiquiátrica y contracultural que tuvo el corazón de la batalla en Inglaterra. Hoy, como ellos, muchos otros colegas han enterrado la palabra "antipsiquiatría" y hablan de nuevos caminos o de nuevas formas de ayudar. Es una manera de recoger los trastos rotos e ir buscando dónde ubicarse.

De origen americano, Berke ha desarrollado todo su trabajo en Inglaterra. Es cofundador, con los antes citados, de Kingsley Hall, experiencia que desembocó años más tarde en la Arbours Association. Conjunto de varios centros abiertos y asistenciales, donde la gente con trastornos mentales tiene un espacio vital donde recomponerse, ayudados por terapeutas y personal vario que conviven con ellos en un absoluto plano de igualdad.

Berke ha venido a España para presentar la edición en español de su libro "Aquí no me tuve que volver loco", en el que narra las experiencias de Arbours. Es un hombre grandón. Enmarcado

en una barba franciscana, que arrecia esa sensación de humanidad fluctuante, que despierta su generosa estructura. Le limita por arriba una calva sosegada, como de pensar mucho y bien, sólo recortada por unas gafas de concha, y acaba por abajo en unos zapatones que le hacen de cimientos. No parece muy cómodo en este fin de semana, se sabe protagonista y le viene grande. Le acompañan sus colegas y amigos en España; el psiquiatra argentino Hernán Kesselman y el español Nicolás Caparros, entre otros. También ellos participarán en la entrevista.

Rescatamos a Berke de un magistral cocido madrileño en el que le han sumergido sus amigos y no parece sino que este loquero ilustre se halla mil veces más a gusto desfatiendo entuertos espirituales que en pleno bombardeo de fotos. Habla despacio, en un tono remansado y cálido, como todo él. Tiene la puesta en marcha oral, apoyada en un renqueo inicial que le hace coger fuerzas para lanzarse al acto heroico de exponer sus ideas. Y es que duda a veces Berke, siendo estas dudas sintoma de alguien que está en continuo movimiento. Sin miedo a desmontar la instalación de sus ideas y recomenzar por donde haga falta.

JOSEPH BERKE: UN CAMINO ABIERTO

ES de los desencantados que proliferan tras la crisis del movimiento contracultural de la década de los sesenta. Le pregunto qué nuevos derroteros ha tomado la psiquiatría desde entonces:

—En Inglaterra, la idea que salió en los sesenta no fue tomada en consideración por los psiquiatras tradicionales, pero sí lo hacen hoy en día los psiquiatras jóvenes que trabajan en instituciones hospitalarias. Es un camino caprichoso. En Italia, por ejemplo, los pacientes de los hospitales psiquiátricos salen a la calle, y esto es realmente algo nuevo. En Francia, la gente joven está investigando formas nuevas de ayudar a la gente, buscan nuevos caminos. Este movimiento también se da en España con los trabajos que están haciendo el grupo Quipú y otros. Es un fenómeno que se está desarrollando tanto en Estados Unidos como en Europa.

—¿En Estados Unidos de alguna forma especial respecto a Europa?

—En Estados Unidos no importa bajo qué nombre se incluya, puede ser el de "antipsiquiatría" o cualquier otro tipo de denominación en el que se quiera incluir. Pero si hay un común denominador, que es el interés por buscar nuevas fórmulas de ayudar a los enfermos. Es la Radical Therapist. Hay muchos movimientos, por ejemplo los grupos de encuentro, o el "sindicato de pacientes", que desafían constantemente al Estado. Igual que hay sindicatos de trabajadores hay sindicatos de pacientes mentales. Pero también hay algo que ha contribuido de manera notable, y esto es el cambio de leyes. En California, por ejemplo, ahora mismo es casi imposible dar un electroshock a los pacientes, porque la ley ha cambiado en este Estado. A pesar de todo esto hay algo muy grave, y es

PILAR RUBIO

que, cuando los enfermos salen del hospital, si no tienen una ayuda económica o algo que les ayude, ¿qué pueden hacer?

—Desembocamos en una nueva etapa de superindustrialización, de neocapitalismo. Los mass-media han extendido ya una gran uniformidad en la sociedad. ¿Hacia dónde se va a canalizar la actitud angustiosa de la persona?

(Se ríe, parece que le quedan lejos los años de mucho teorizar sobre el futuro; quiere medir la respuesta.)

—Es una pregunta casi imposible de responder; me pides que sea un crítico social o un profeta. Hace años, cuando escribí mi libro "Nacimiento de la contracultura", seguía este tema. Pero ahora mismo no me atrevo a pronosticar, no soy ni un mago ni un profeta. Mi punto de vista actual es mucho más modesto, por eso no puedo responderte. Muchas de las soluciones que apuntaba en el libro eran muy románticas, pero hoy están fuera de lugar, fuera de contexto.

NICOLAS CAPARROS.— Antes dices que eras menos modesto; quizá el cambio ha venido dado por la práctica. ¿Pero qué es lo que te ha hecho cambiar a tu nueva actitud?

—Es muy personal; he ido siguiendo el reflejo en la vida práctica de algunos de los políticos de entonces y el proceso que han llevado, y he sentido una gran desilusión en ello. No quiero contestar, porque me llevaría mucho tiempo pensar una respuesta.

Vivió Berke en este pasado reciente imbuido en una vehemencia de "agitador" espiritual. Londres hervía, como to-

da Europa, como toda América, Vietnam, el mayo francés, contestación juvenil, negros y feministas, drogas y comunas. Sartre tomaba notas y Marcuse observaba, ordenaba y escribía. Es así que Berke participa en esta agitada vanguardia. Cooper había editado su "Dialéctica de la liberación", Julian Beck y el Lab Theatre ensayaban nuevas técnicas de dramatización experimental; también nacían fuertes la "escuela libre de Londres" y el movimiento pro comuna. Era un enjambre apretado y vital, dispuesto a actuar en todos los recodos de la cultura. Muchos de los políticos de la "Nueva Izquierda" habían sido, incluso, psicoanalizados por él. Y es aquí donde nace fecundado el óvulo de la "antipsiquiatría". Todas estas experiencias las narra en su libro "Nacimiento de la contracultura". Ahora es como un tesoro desintegrado al que Berke ha desmenuzado en lo aprovechable, aunque sin nostalgia, con esa claridad presente con que afronta los restos de la batalla.

—Más que una desilusión por la política es una desilusión tras la idealización de la política. Los que han nacido como enemigos han sido siempre enemigos, pero los que han nacido con voluntad de ayudar a los otros se han metido en una cantidad de problemas y cada vez se va a más. Yo tengo un principio importante en psiquiatría: si las cosas son fáciles, por qué hacerlas más difíciles... Creo que en la política hay que seguir esta regla.

—¿Qué consecuencias válidas quedan tras el movimiento

antipsiquiátrico de aquellos años?

—Quizá es la destrucción de la sociedad. Ahora mismo nos estamos destruyendo a nosotros mismos. Es curioso, porque el término "antipsiquiatras" ya no lo utilizamos para definirnos a nosotros mismos. Es curioso que este término nació en Londres y ahora mismo pensamos que ya no es útil.

—¿Cuáles son los fundamentos teóricos de su trabajo como psicoanalista?

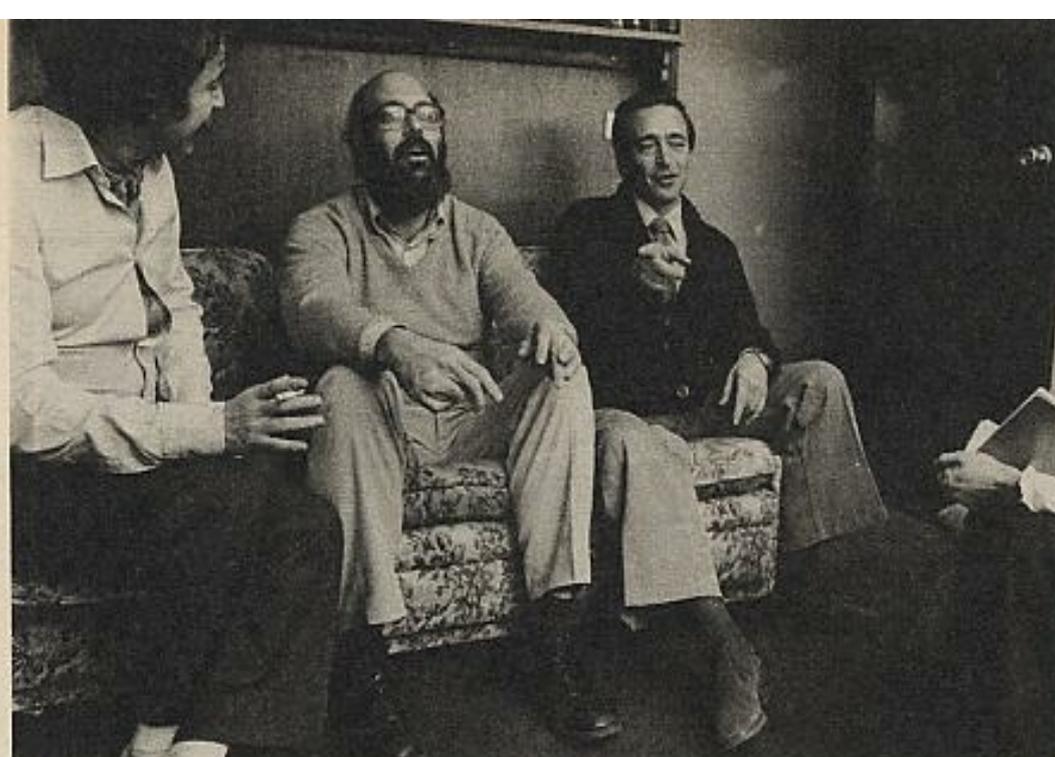
—La base es psicodinámica y sociodinámica.

—¿Puede ampliar más esta respuesta?

—Psicodinámico es lo que la persona siente dentro de sí, lo que está dentro de ella. Sociodinámico es la relación entre las personas. Lo que intentamos hacer es integrar ambas para poder ayudar a la gente que llega a Arbours. Muchas de las situaciones que se nos crean allí son causadas por entornos familiares. Lo que hacemos en estos casos es no solamente ver a la persona interesada, sino ver también la situación donde se crea ese conflicto y a las personas que rodean a esa situación.

La Arbours Association fue creada en 1970 por el doctor Morton Schatzman, Vivien Millett, Joseph Berke y su mujer, la poetisa y crítica Roberta Elzsy Berke. Ahora son más de cuarenta personas, repartidas en cuatro establecimientos en el que se incluye un centro de crisis.

Hablamos de Arbours y le pregunto por el tipo de pacientes que llegan a él. Surge una pequeña discusión entre todos los que nos encontramos allí, hay que invalidar la palabra "paciente", y nos quedamos sin consenso. Parece que ocurre lo mismo, aunque no se hable



Joseph Berke, entre Nicolás Caparrós (izquierda) y Hernán Kesselman (derecha).

de ello, con la palabra "curar", palabra que es como si se le atragantase a Berke allá en sus profundidades, y anda salpicando a lo largo de toda la entrevista la palabra "ayudar".

—Somos una entidad abierta de integración social. No tenemos facilidades todavía para ayudar a gente físicamente muy enferma como son los drogadictos de todo tipo y los alcohólicos con base orgánica y un gran daño físico. Tampoco intervenimos con gente que no venga por su propia voluntad; si no quieren que se les ayude, nosotros no podemos ayudarles. Sólo nos podemos comunicar con las personas que tienen, en parte, el deseo de comunicarse con nosotros.

—¿Cuáles son sus criterios de diagnóstico con estas personas?

—No hacemos ningún tipo de diagnóstico a la gente. A pesar de que el grupo de gente que tenemos es muy heterogéneo, puede haber de todo: esquizofrénicos, maniacos, depresivos... Pero no los catalogamos por esto, sino que simplemente son personas que sufren y a las que podemos ayudar en ese sufrimiento.

N. C.—En mil novecientos cincuenta y nueve hubo una ley acerca de los psicópatas en Inglaterra. El contexto en España es muy diferente, pero ¿qué crítica se podría hacer respecto a los psicópatas y, en concreto, qué es lo que se hace en Arbours?

—No puedo contestar a esto todavía. Muchos de los psicópatas, el problema que tienen es que no quieren cambiar; a veces con su propia psicopatía defienden su vida de una psicosis; es su defensa. Si nosotros encontráramos la fórmula para que cayeran sus defensas, po-

driamos ayudarles, pero de momento es difícil. Hemos intentado en Arbours varias fórmulas y no hemos tenido mucho éxito. Yo creo que hay dos tipos de psicópatas: los que tienen éxito y los que no lo tienen. Estos últimos son los que van a los hospitales, etcétera, etcétera, y los que tienen éxito son los que se dedican a la política y logran puestos de gran importancia.

—En una entrevista que se le hizo en el libro "Laing, anti-psiquiatría y contracultura", usted afirmaba que la esquizofrenia es más una etiqueta que una condición.

—Bueno... Primero cabría distinguir entre psicosis y esquizofrenia. La psicosis es una experiencia del ser, una fragmentación de él y una desintegración emocional, mental y de alteraciones perceptivas. En cambio, la esquizofrenia es una etiqueta que se pone a la gente. Son personas que molestan. Pero también dentro de la esquizofrenia hay que diferenciar a la persona que es psicópata, y no quiere decir que a ambos se las relacione juntas.

—¿Cómo reacciona la gente del vecindario? Me imagino que a veces puede surgir cierta "tensión" entre los residentes y los vecinos; creo que para éstos los pisos siguen siendo una residencia de locos.

—Nosotros ofrecemos nuestros servicios al local Government —algo así como la Junta de cada distrito de barrio— y les solicitamos un permiso. El jefe de distrito envía entonces unas cartas al vecindario comunicando la instalación de esa casa y les solicita opinión. Frecuentemente, nos ocurre una cosa muy graciosa: cuando ya nos hemos instalado y el vecindario ya nos conoce, de pronto puede

venir algún vecino con una carta en la mano preguntándonos si nos hemos enterado de que van a instalar una casa para enfermos mentales en el barrio; ¡pero vienen a preguntarlo a nosotros!, no se les había ocurrido pensar que éramos precisamente nosotros, puesto que ya nos conocían. También nos cuidamos mucho de las apariencias: el césped bien cortado, la casa pintada y limpia...

—¿Cómo son las relaciones de ustedes con la psiquiatría oficial en Inglaterra?

—Al principio las relaciones eran enormemente hostiles, pero, sin embargo, ahora son más cálidas.

En 1971 apareció publicado un libro con este título: "Mary Barnes: Dos relatos de un viaje a través de la locura". Sus autores eran Joseph Berke y la propia Mary Barnes. Mucho ha hablado Berke sobre esta experiencia, que de alguna manera fue vital en su vida. Mary fue una de las primeras internadas en Kingsley Hall. Había sido diagnosticada con esquizofrenia crónica. Ronald Laing, que la conocía de varios años antes, la había llevado hasta allí. Esta mujer decidió voluntariamente vivir la experiencia de volver a ser una criatura, recomenzar su personalidad para crecer nuevamente. Hubo que alimentarla con biberón en los primeros estadios de su regresión. Desde el comienzo, Berke se involucró en esta experiencia; también para él fue una "muerte seguida de resurrección"...

—Aprendí muchísimo, no sólo sobre mi mismo, sino sobre la psicosis. Hubo, por supuesto, muchas situaciones en las que me sentí muy mal con ella, incluso a veces sentí ganas de matarla y me costaba traba-

jo volver a verla al día siguiente. Tuve que esforzarme por continuar; de alguna forma, yo destruía mi entorno familiar.

—Este fue un caso muy particular. Pero de una forma general, ¿hasta qué punto el enfermo hace al psiquiatra?

—Volviendo a mi experiencia con Mary Barnes, lo que ocurrió es que lanzó sobre mí toda su angustia y su agresividad; fue enormemente difícil para mí mantenerme con toda esa carga de angustia de la que yo era depositario.

—Sí, pero también me refiero al trabajo cotidiano de cada día.

—Es que lo que me ocurrió con ella sucede continuamente. Todos los días tengo casos distintos, algunos más intensos que otros, y yo soy el receptor de todas las angustias y todo lo demás, pero gracias al análisis constante que me hago y a toda la experiencia acumulada, creo que cada vez siento menos angustia. La percibo, pero la elaboro de forma que se elimine gran parte de esa angustia.

Hemos empezado con el café y ya va cayendo la media tarde, en medio de una densa humareda. Es que estamos siete personas en una habitación pequeña. "Me tengo que ir, que ya he dado una hora de plantón". Hernán le hace la última pregunta...

—HERNÁN KESSELMAN.— ¿Cuáles son los límites de lo corporal en Arbours? Háblanos un poco de ello.

—Uno de los límites es lo que envuelve el cuerpo de cada uno en relación con los demás. Ahora hemos tenido un caso en uno de los centros. Se trata de un psicótico que tuvo problemas con una de las psicoterapeutas. Intentó poner un dedo suyo en la vagina de ella. Ella sintió muchísimo miedo en ese momento, miedo a ser violada, y no pudo continuar trabajando con ese paciente, así que tuvo que marcharse. Sin embargo, si hay otro tipo de terapeutas que hubieran continuado el trabajo con ese paciente. Debemos considerar que este acto era la forma que él tenía de meterse dentro de alguien. De comunicarse, en definitiva. Se trataba de un acto simbólico de comunicación. Normalmente se utiliza la mente para comunicarse, pero determinadas personas necesitan utilizar las manos o lo que sea, como un método de proyección material del cuerpo. ■ Foto: RAFAEL MIRALLES.